

Miguel de Valencia

## Glosas de la cultura actual

Quizás las características de nuestra época actual explican la difusión alcanzada por una obra de materia ingrata, como la que se titula *Introducción a la Matemática Moderna*. Su autor, Manuel Balanzat, es un verdadero mago de los números y de sus reveladoras proyecciones en los ámbitos de la cultura.

Pocas veces se ha hecho una apología tan brillante de la ciencia matemática. Un sentido didáctico inspira las graves páginas de esta sólida, y al mismo tiempo sutil materia. Es posible que los templos de especulación pitagórica ganen nuevos adeptos.

En efecto, las matemáticas facilitan las artes, disminuyen el trabajo de los hombres, entregan luminosas anticipaciones de ciertas conquistas materiales. Recuérdese que Maxwel interpretó la solución de un problema como una serie de ondas. Más tarde, Hertz consiguió producir experimentalmente esas ondas. La difusión a través del espacio fue posible.

En el desarrollo de las matemáticas hay momentos decisivos. Nace como ciencia en Grecia. Tales de Mileto es el primer matemático digno de ese nombre, aunque los fenicios ya poseían algunos conocimientos de estricto uso comercial.

Platón llegó a considerar el número como base del mundo real.

El espíritu humano podía ser concebido en sus justas proporciones gracias a la matemática. Pero fue Arquímedes el mayor matemático de toda la historia. Sus anécdotas revelan una potencia espiritual dedicada al servicio de la investigación.

Es sabido que Roma fue un pueblo anticientífico. Sus hombres cultivaron el arte de gobernar, mediante la persuasión y la fuerza. He ahí la razón de sus grandes oradores, jurisconsultos y estrategos. Siglos más tarde, la estadística, puesta al servicio de la cultura histórica, ordenó el valor social de aquellas conquistas.

Muy próxima a nosotros se yergue la figura de Poincaré, el único matemático universal de los tiempos actuales. Su labor recuerda la del genial Laplace, el hombre que, apoyándose en el cálculo racional, formuló ecuaciones ambiciosas, sobre el origen del mundo.

Los matemáticos penetran todos los reductos de la cultura. Hasta el filósofo debe ser un hombre pitagórico, si quiere que sus sistemas no se conviertan en un castillo de naipes. Ahora, frente a la ciencia de los postulados y teoremas hay una verdadera aversión, porque se trata de un recinto de acceso difícil. Con razón, Menaichno le dijo a Alejandro Magno: "Señor, en las matemáticas no hay caminos regios".

\* \* \*

Se ha dicho que la ópera *Aida* está inspirada en el bosquejo de una obra egipcia. Quizás sobre esta afirmación existen ciertas dudas.

Ahora bien, limitándonos al aspecto musical y técnico puede decirse que esta ópera es lo más grandioso de la producción italiana hasta la época de Verdi. Nunca se habían combinado tantas escenas guerreras y populares. Los conjuntos dramáticos son un bello ejemplo de armonía. Y, con frecuencia, las páginas musicales irrumpen en lo sublime y extraterreno. La obra, en su arquitectura total, reúne exquisitos valores musicales y literarios.

Las grandes producciones tienen la virtud de recabar la solícita atención de los especialistas. Tal vez, por esta razón, el musicólogo español Francisco Pérez Vega ha dedicado un meticuloso estudio a los orígenes de *Aída*, la ópera triunfal.

El erudito hispano cita una obra anónima, inserta en un tomo del teatro español, publicado en 1825. Se trata de *La Nineti*, creada sobre un tema fundamentalmente amoroso, con un trasfondo histórico.

Un cotejo crítico permite establecer una perfecta afinidad con el texto que, después de algunas versiones, preparó Chislanzoni para la ópera de Verdi. He ahí una investigación interesante, un trabajo de filiación que no tiene por objeto disminuir valores consagrados, sino más bien establecer los procesos de creación de algunas obras.

En la historia literaria se han producido algunos hechos análogos. Cabe citar, entre otros, el de la *Divina Comedia*.

Durante siglos se admiró la arquitectura ofrecida por los diversos planos dantescos. Hasta que un investigador desempolvó un librito árabe en donde se glosaba el problemático viaje de Mahoma a las regiones de ultratumba. Y allí, en sus páginas, finamente ilustradas, se podían ver las divisiones y subdivisiones del Cielo, Infierno y Purgatorio. Desde entonces, el nombre de Ben Arabi se une con fuertes nexos a las bellas lucubraciones del Dante.

Los hombres que se dedican a los trabajos de investigación, los profesores que remontan el proceso creador de un libro nos van dando la clave para entender en su justo límite las culminaciones del genio.

Con frecuencia, se ha recordado que el *Hamlet* y el *Fausto* tuvieron su origen en antiquísimas leyendas. Pero nadie ignora que Shakespeare y Goethe se apoderaron de los temas para elevarlos a cimas antes insospechadas. He ahí el milagro de los genios.

La moderna estilística, con sus procesos de investigación, pone de manifiesto el origen y evoluciones de muchas obras. Y todo ello tiene una finalidad concreta: indicarle al hombre la necesidad de formular sus juicios entre claras aproximaciones.

\* \* \*

¿Es fácil ser novelista?

He ahí una pregunta que los profanos y algunos escritores se formulan, con frecuencia. Y ello es así, porque el arte de escribir tiene innúmeros espejismos.

Una estadística cualitativa y cuantitativa de la novela actual indica que la producción de muchos países carece de altura, en beneficio de una base amplia. En nuestro tiempo son contadas las altas cumbres. En cualquier momento de la evolución estética son pocas las figuras de verdadera excepción.

Precisamente esa ausencia de grandes figuras impulsa a los traductores a dar normas de lo que debe ser una creación novelesca de envergadura. Esta es la razón por la que se prodigan los libros rectores de la novela, de ese género literario complejo, que no se resigna a morir anquilosado. El tema que se refiere a la situación del novelista ante el mundo es rico en proyecciones y consecuencias.

Entre otras cosas, se dice que el novelista ha de ser un hombre con una armazón espiritual bien sólida, ya que su obra será lo que él sea. Sin olvidar que la obra nunca supera al individuo.

Además, es necesario que tenga vocación, siendo dueño de una geografía espiritual concreta, como fruto de una tradición fija. Y por añadidura, al ponerse a escribir, le será imprescindible tener resueltos los problemas fundamentales de la ficción creada. Algo que sólo puede obtenerse mediante el trabajo, doloroso con reiteración.

Por diversas razones, la novela está viviendo momentos decisivos. Pero no puede morir, porque el mundo moderno es apoteótico para el individuo capaz de recibir sus entrañables latidos. El problema radica en un hecho, a veces problemático y difícil. Que el hombre sepa seguir un camino de acuerdo con sus ideas básicas, estando dispuesto a sentir asombro ante las realidades, pero no a dejarse vencer por el miedo y por la angustia.

Las ideas básicas de los estetas, aplicadas a la novelística de cual-

quier país, nos dan la clave para comprender las razones del fracaso de algunos autores. A unos les faltan ideas madres, elaboración responsable. A otros les seduce el rumoroso oleaje de la prosa vacía. Y entre tanto la médula de los problemas se desvanece.

La tremenda pregunta, ¿es fácil ser novelista? tiene una contestación escueta. El hombre de dimensiones cabales lleva en su alma los temas aptos para vivir en las cumbres. Lo demás es obra del talento.

\* \* \*

El colegio de Francia es una de las más grandes instituciones culturales del mundo. El nuevo profesor de este centro es Etienne Driotón, egiptólogo que ha desempeñado durante muchos años la cátedra en el Instituto Católico de París. Hasta hace poco era conservador de antigüedades egipcias en el Museo del Louvre.

Los méritos de Etienne Driotón son varios. Es un erudito en los temas que se refieren a la religión egipcia. Posiblemente haya sido este profesor el primero que estudió las tendencias monoteístas entre los egipcios. Con suma paciencia ha interpretado algunos símbolos, que hablan de las antiguas cosmogonías. Los filólogos aprecian el enorme valor de sus estudios en torno al llamado *Libro del día y de la noche*.

Su erudición y conocimiento de la vieja lengua egipcia le ha permitido estudiar a fondo los orígenes y evolución del teatro egipcio. Partiendo de las clásicas fiestas en torno a los ídolos, ha llegado a determinar las razones que rebullen en la base de las actuales manifestaciones dramáticas en el país de los faraones.

Sin duda, Etienne Driotón habrá de ser recordado siempre por sus aportaciones al conocimiento de los criptogramas, inscritos en papiros y piedras. Hace más de treinta años formuló unas teorías sobre el lenguaje, y sólo ahora, muy cerca de nosotros, han tenido cabal confirmación.

Estos criptogramas son dibujos de animales: cocodrilos, carneros, gatos, pájaros, etc. En los papiros están dispuestos en desorden aparente, aunque respondiendo a un determinado criterio expresivo. Pues bien, el filólogo francés tuvo la intuición de ordenar en series tales dibujos.

Y formó frases hipotéticas que se repetían en otros documentos. Formuló una teoría para explicar sus ideas. Pero fue atacado por otros investigadores. He ahí que, recientemente, en Alejandría, es decir, en su viejo recinto, se han descubierto unas planchas de oro, dedicadas por Ptolomeo IV, grabadas con criptogramas, llevando su explicación en griego. Los egiptólogos se han rendido a la evidencia. Porque las ideas de Driotón han sido confirmadas plenamente.

Este es el hombre que ahora recibe el Colegio de Francia. Su labor le sitúa entre los más conspicuos egiptólogos del mundo.

\* \* \*

Se vuelven a editar las obras del hombre de ciencia argentino Florentino Ameghino. Durante gran parte del siglo XIX fue una de las autoridades en materia de paleontología. Aunque muchas de sus ideas han sido rebatidas o completadas en nuestros días, subsiste como un halo de admiración, por cuanto significaron un ejemplo de acuciosa dedicación a esa tarea de ir fijando la sucesiva aparición de los seres vivos.

Florentino Ameghino fue un autodidacto. No tenía gran preparación científica. Sin embargo, algunas de sus hipótesis son luminosas, sirvieron para el trabajo de otros hombres, de algunos investigadores solventes, de rígidas disciplinas. Así es la vida y la sucesiva conquista de la ciencia en todos sus aspectos.

Hizo excavaciones en las inmediaciones de algunos arroyos. Encontró las osamentas de animales extinguidos, puntas de flechas, cuchillos de sílex, tierras cocidas modeladas artísticamente.

En la Exposición Internacional de París, en 1878, presentó un trabajo sobre los mamíferos fósiles de la América meridional. Sus

noticias deslumbraron a otros sabios, incitándolo a proseguir las excavaciones llevadas a efecto, hasta ese momento, de manera anecdótica.

Podría decirse que Ameghino removi6 gran parte de las tierras argentinas. Y encontr6 en sus capas m6s profundas dinosaurios, marsupiales, lagartos, tortugas parecidas a otras halladas en tierras inglesas. Pudo clasificar una familia de tiburones, de pingüinos, de crust6ceos y de moluscos. Tanta dedicaci6n fue coronada por el descubrimiento de restos humanos, que se diferencian de los hombres del per6odo cuaternario.

En torno a sus trabajos cient6ficos se tejieron graciosas an6cdotas. Sobre todo cuando encontr6 en cuevas de la Patagonia restos de colosales mam6feros. Entonces aparecieron los llamados Milodontes, bichos enormes, enra6zados con los primeros pasos del hombre en tierras americanas.

Ahora se reeditan sus obras. El hombre ajeno a las disciplinas cient6ficas se siente deslumbrado por tanta maravilla que hace pensar en los avatares de los primeros b6pedos del continente.

Los estudios de Ameghino nos recorren el velo de los tiempos idos. ¿C6mo era la faz de la Tierra, cuando la primera se6al de vida sent6 en ella sus plantas? ¿Por qu6 esa Tierra ha cambiado de faz tantas veces? ¿C6mo debi6 de ser la primera vida que apareci6 en las aguas al borde de los r6os y lagos? He ah6 una serie de enigm6ticas interrogaciones.

La Tierra ha cambiado lentamente. Las condiciones actuales permiten un tipo de hombres, una manera de existir. Sin embargo, nadie sabe qu6 formas de vida le est6n reservadas a un lejano porvenir.

\* \* \*

Se habla de un renacer de la novela pastoril. Los r6os y lagos vuelven a centrar el tema de la emoci6n est6tica.

Sin duda en el f6cil deslizamiento de las aguas hay como una dulce canci6n de sobresaltos. En los remolinos el agua gira con bra-

vura. Y el ojo encantado del observador espera que nazcan ninfas y ondinas, hermosas adolescentes de rubias trenzas, de un mirar entre inquisitivo y condescendiente.

Los escritores clásicos tuvieron a gala el captar, al menos poéticamente, esos problemáticos esguinces de femenina curiosidad. De esta forma, el río se convirtió en líquida madriguera de personajes. Con frecuencia, los ríos fueron personificados. Virgilio, en su *Eneida*, nos habla del ubérrimo Tevero, de linfas prolíficas, germen de ninfas que vivían sus graciosas correrías entre los ríos y las fuentes.

El español Gil Polo, al escribir su encantadora *Diana enamorada*, utiliza el gran recurso estético. Y personifica al río Turia, un viejo que sale de una profunda cueva, llevando entre sus manos un vaso muy grande y bien labrado, su cabeza coronada con hojas de roble y laurel, los brazos vellosos, la barba limosa y florecida. El Turia, reclinado sobre el vaso, hace derramar abundancia de clarísimas aguas. Y sólo entonces, levantando la ronca y acongojada voz, se pone a cantar. Muy pronto, las ninfas, con las caderas y los pechos humedecidos, acuden a tejer sus rondas de protesta amorosa, de anhelos fluviales.

Fray Luis de León humaniza al río Tajo. Y el espíritu que yacía entre limos se levanta, dobla el cuello, curva sus brazos en actitud de meandro y profetiza la ruina y perdición de España.

El poeta Sannázaro pobló su *Arcadia* de innumerables brazos líquidos. Pero se entretuvo en la descripción del río Sebeto, en donde moran las ninfas de cuello alabastrino, coronadas de perlas y flores, orgullosas de su condición fluvial, un tanto desdeñosas de sus hermanas las ninfas oceánicas.

El río, como tema literario, ha nutrido muchas páginas de la literatura universal. Figura como elemento indispensable en los avatares sentimentales de la novela pastoril.

Los poetas midieron sus ondas, escucharon su rumorosa canción, otearon el ir y venir de los pastores y pastorcillos enamorados, siempre en busca de una problemática felicidad; conseguida mediante el auxilio de magas y hechiceras.



El renacer de la novela pastoril es un fenómeno de resonancias románticas. El tema del amor, tan viejo como la historia del hombre, quiere vestirse con paramentos espirituales, fantásticos.

Tal vez nos sea dado el prodigio de escuchar la triste y esperanzada melopea de seres tocados por la gracia y desgracia de los amores idílicos. Ninfas y ondinas volverán a trenzar sus graciosas aventuras, pronunciarán las dulces palabras de consuelo.

Felizmente, los poetas, a pesar de las sollicitaciones de nuestra Era Atómica, conocen todavía los secretos de tan gráciles criaturas. Y al descubrirlas en su gloriosa desnudez las dejan crucificadas entre las palabras de sus versos.

En todos los campos del mundo hay pastoras y pastores, dispuestos a protagonizar la eterna novela del vivir muriendo de amores. Y de la misma manera, en todos los ríos hay algunas de aquellas bellas criaturas fluviales. Pero resulta difícil conocer la hora propicia de su entrega, escuchar el rumor de sus mínimos sobresaltos.

Fuentes y lagos, ríos y esteros chilenos acunan todavía la nostalgia de sus canciones legendarias. El coro de sus voces lo dirige, sin duda, aquella ninfa que viviera en Frutillar, en las verdes riberas del lago Llanquihue.